

# CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

*Este número  
contiene*

UNA NOVELA CORTA  
DE W. W. JACOBS

♦  
ARTE Y VIDA,  
POR MANUEL ABRIL

♦  
LISBOA, POR JOSE  
DIAZ FERNANDEZ

♦  
DIBUJOS DE VAZQUEZ DIAZ,  
SAENZ DE TEJADA, SANCHA,  
ZAMORA, ARTECHE,  
SANTONJA Y BILLIKEN

20 CENTIMOS



F O T O D E A N G E L A R A C I L

Fábrica de Mosaicos Hidráulicos.

Piedra y Mármol artificiales.

Tuberías de Cemento.

Baldosín Catalán .

Azulejos.

Cementos.

"Terrazo"

"Agipalith"

# Francisco Llopis y Sala

PAVIMENTACION  
DE LAS TERRAZAS  
DE LOS MINISTERIOS

Calle de Granada, 31 y 33

TELEFONO núm. 74718

MADRID

## Materiales y Suministros

### REPRESENTACIONES:

Azulejo "REX" Fábrica en Limpias  
Piedra para hormigones

Piedra para sillería en chapas y  
bloques, de Mondariz, Porriño,  
Salceda, Castrelos y Vigo

Yesos puros marca "LA GRAPA"  
Fábrica en Vallecas

Alcalá, 165 - Teléfono 56487 - Madrid

# NICASIO PEREZ, S. A.

# TALLERES de MADRID



Explotación  
de Canteras  
Construcciones  
en piedra y mármol  
Magallanes, 30

Colaborador de la obra de  
Cantería de los Ministerios

Teléfonos 36897 y 32132

# MADRID



Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:  
PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID  
Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II. 6 de Febrero de 1935 Núm. 7

En esta edición publicamos la primera de nuestras novelas cortas mensuales, que hemos venido anunciando en números anteriores. Se trata del graciosísimo relato del gran humorista inglés W. W. Jacobs, titulado **EL COMEDIANTE**, en traducción especial y directa para **CIVIDAD**, con ilustraciones de Arteché.

Continuando la serie de ensayos breves que con el título general de **ARTE Y VIDA** viene escribiendo para nosotros Manuel Abril, insertamos en este número unas curiosas averiguaciones del gran crítico sobre lo que debe ser el arte para niños. Abril, que ha escrito magistrales relatos infantiles, trata aquí de una materia que le es profundamente conocida.

**EL HADA DEL WISKEY** es un cuento de Héctor Licudi, viejo frecuentador de los autores ingleses y traductor ejemplar de algunos de ellos. Está su relato impregnado de ese mismo "humour" británico y escrito en un estilo seguro y vivaz.

José Díaz Fernández nos da en su **LISBOA, CIUDAD MEZCLADA**, una versión de la capital portuguesa, donde lo descriptivo y lo interpretativo comparten la atención del escritor, quien logra en este trabajo un verdadero modelo de crónica.

**PRIMERA GLOSA DEL MAR GALLEGO** titula Eduardo Blanco-Amor su nota en este número. El hondo conocimiento y el gran amor que hacia las cosas de su tierra tiene nuestro compañero, traslucen en este trabajo a través de datos eruditos poco conocidos y de una comunicativa emoción.

**EL MITO DEL PELIGRO AMARILLO** se titula el trabajo que firma Ramón Muñiz Lavalle. No se trata de una fácil divagación pellizcada en textos de segunda mano o en manidas informaciones periodísticas. Muñiz Lavalle conoce los problemas del Extremo Oriente—con una extensión y una profundidad que es posible no alcance ningún escritor actual de habla española—mediante un contacto directo de varios años con aquellos países. Sus obras sobre estos tópicos han sido traducidas a varios idiomas y gozan de gran crédito en los propios países que las han inspirado.

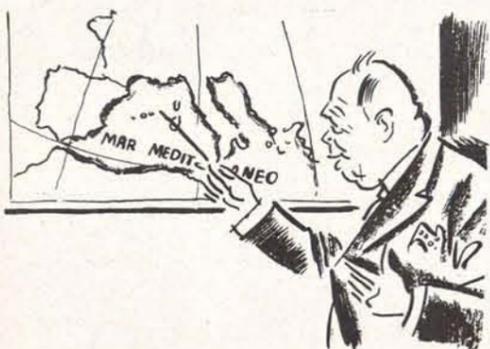
La parte poética está representada por Julio Sigüenza con unos versos bellísimos, titulados **LLEVA MI SOMBRA Y VETE**. Sigüenza, autor de varios libros y orientador de movimientos literarios en los países hispanoamericanos, en cuya mejor Prensa ha colaborado, es un excelente lírico moderno, desconocido en España, como lo son—con evidente injusticia—todos los valores españoles que desarrollan su labor en América.

De nuestra redacción en París publicamos unos consejos de Madeleine Millet, quien habla a las señoras de **EL MONTAÑISMO Y LA MODA**, ilustrados con unos modelos exclusivos de Jean Patou y otros maestros de elegancia, y una brillante crónica de Avelés Ramírez sobre "París nocturno", con fotos del autor.

Completan esta entrega nuestras habituales secciones de **CINES, TEATROS, DEPORTES, TRADUCCIONES, ETCTERA**; la parte artística constituye una verdadera antología de los dibujantes actuales, puesto que en ella colaboran Vázquez Díaz, Sáenz de Tejada, Santonja Rasales, José Zamora, Arteché y Billiken.

## LA SEMANA

Por VICTOR DE LA SERNA



**A**CABAMOS de descubrir el Mediterráneo. De pronto, la cauta y reposada palabra del señor ministro de Estado nos ha dado a conocer la naturaleza peninsular de España y la existencia de dos Estados fuertes que vierten a nuestro mar común, el que nos da más largo litoral, aunque nos dé menos tradición marítima.

El Sr. Rocha, natural de Cartagena, y, por tanto, bien nutrido de ilustres rumbos imperiales (y ruego que nadie se asuste

del empleo de este término totalmente pacífico), tuvo un aprendizaje político que no es cualquier cosa. Fué embajador de España en Lisboa, grandísima metrópoli, centro de un mundo, caracola ibérica para la resonancia del templado alisio. El cauto cartagenero aprendió allí lo que vale el mar, y ahora ha resuelto explicarnos a los españoles una pequeña y elocuente lección de geografía histórica.

Se habla demasiado de las actividades atlánticas de España. Se habla poco de las mediterráneas, y con este silencio se olvida que con signo español se luchó en Lepanto y que romance ibérico fué durante un siglo la lengua diplomática del Mediterráneo. El áspero "catalanesh" del rey Don Pedro se desenvolvía en solemnes diplomas para regir la política de Sicilia, de Italia, de Atenas y Neopatria, cuando "hasta los peces del Mediterráneo llevaban sobre sus lomos las cuatro barras de Aragón".

Los señores diputados terrestres parece que quedaron muy sorprendidos al escuchar la despaciosa palabra de su excelencia. Sin embargo, la brisa salobre del mar hizo huir no poca polilla isabelina del historiado salón de sesiones. Enredados en la flora dorada del salón quedaban suntuosos períodos orales de D. Segismundo Moret, vinagres literarios de los caballeros del siglo XIX, negaciones de la generación del 98, escepticismos de la del 14. Todo parece haber volado ante el descubrimiento del Mediterráneo, y sea para honra, gloria y vida de la española nación.

**H**A estallado "la guerra de las naranjas". Francia y España, en una frontera vieja en contiendas diplomáticas, a la vista de la isla de los Faisanes, acumulan parque para esta guerra de tarifas que se anuncia cruenta y un poco heroica. Es bien distinto el material de una y otra nación. Francia alinea al otro lado del Bidasoa escuadrones de Citroëns, muy brillantes y charolados por fuera, quietos los motorcitos, no bien dispuestos siempre a coronar las agrias cuestas de la ondulada España. Y potentes Renaults, finos como caballos de carreras, sin aquel signo tan gracioso de la golondrina que traían antes. Y los Hispanos, que retornan a su solar que se les cierra.



España acumula del lado de acá pirámides de proyectiles vegetales y jugosos, dulces

por dentro como el arrope, pero con su inflamable cáscara, con la que se puede fabricar pólvora.

El emperillado caballero francés y el campesino español se miran torvamente, mientras trasnochaban las cancillerías y hay un febril temblor en los hilos del teléfono oficial. Todo acabará en una fiesta de confraternidad en el Lycée Français, en un partido amistoso de fútbol y en una emisión extraordinaria de pasodobles en Radio Toulouse. Nosotros lo sabemos muy bien. Españoles y franceses, de vez en cuando cogemos unas rabetas mutuas muy graciosas. Después, entre "Don Severo", el crítico de toros de la *Petite Gironde*, y el seleccionador del equipo nacional arreglan estas cosas. Y no hay ciudadano que viva mejor en el extranjero que el español que vive en Francia o el francés que vive en España.

**E**SPAÑA, como potencia internacional, ha sido hasta hace poco un país de una insensatez deliciosa. De pronto, un día "se acordó" de que se había dejado olvidada una provincia en la costa occidental africana: Santa Cruz de Mar Pequeña. Mandó allí a un coronel con un bastón de paseo, a media docena de chavales con unas carpetas y unos lápices, y se reincorporó un territorio tan grande como cualquier provincia del Norte.

Ahora "cae" en la cuenta de que "se le había perdido" una isla en el Pacífico. ¡Se le habían perdido tantas cosas además de una isla en el Pacífico! Tres siglos largos, la isla huerfanita venga enviarle mensajes a lomo de los vientos a la metrópoli lejana. Y tres siglos la metrópoli sin antena venga hacerse la sorda y tirar por los caminos, provincias y reinos. ¿Qué importaba una pequeña isleta perdida en un mar que era todo suyo, de orilla a orilla?

Pero hoy la isla de la Pasión, chiquita como un coral, ha perforado el océano con un grito final:

—¡Eh! ¡Que me llevan!

**P**ARECE que en España no quedan caballos españoles. Y parece que quedan en Austria. El "noble bruto", que tanto dió que hacer y que pintar a Velázquez, fué desplazado por mezclas más adecuadas al trabajo del campo, de la guerra y de la posta. Caballotes ucranios, bretones, prusianos, para el arrastre de la mercadería y del armón; caballos ingleses y árabes para el señorío... Y alguna que otra jaca bastarda en el campo andaluz.



En Viena, en cambio, donde el culto a la belleza no ha periclitado un solo día, se conserva la escuela española de equitación—la "Spanische Reitschule"—desde el siglo XVI. He ahí un caballero perfectamente montado a la española, con su traje anacrónico y convencional, pero con la inimitable dignidad de la Caballería española. Los únicos caballos andaluces cien por cien servían hace años para la guardia del emperador. La República austriaca los ha conservado. La República española daría una prueba de buen gusto pidiéndole a Viena que nos devolviera la gracia barroca de esos caballos estatuarios, "que no sirven para nada". Las cosas bellas suelen "servir" para poca cosa. Para delicia de los ojos y del espíritu "nada más".



# Arte y Vida por

## Manuel Abril ARTE PARA NIÑOS

Pasaron ya los días de los niños; pasaron ya los Reyes, trayendo sus regalos; y ahora nos cumple a nosotros, mientras los chicos, terminada la vacación, están en el colegio, revisar la cosecha y regalarnos con ella, meditando.

Las gentes graves creen que los juguetes y los cuentos para chicos son cosas de chicos; también los esposos graves—¡y tan graves!—creen que las cosas de sus mujeres son cosas de mujeres... Así, resulta que a los hombres—a esos hombres—les quedan solamente las cosas que suelen ser llamadas "sólo para hombres", y que son, generalmente, indecencias. Las "cosas de la vida" se ven partidas de ese modo lamentable, en el que, a la verdad, no corresponde a los hombres un lote muy honroso que digamos.

Las cosas de los chicos no han de ser de chicos nunca, y cuando lo son de veras, cuando lo son como deben, sirven también para el grande Aquí damos unas reproducciones de cuentos para niños. Reproducciones de cuentos extranjeros. No por afán a lo de fuera, sino porque lo de aquí ya es conocido de todos. A pesar de que el encanto del color—encanto extraordinario—se ha perdido, puede verse, de todas maneras, que se trata de algo exquisito. Como estas reproducciones podríamos ofrecer treinta o cuarenta. Son muchos los dibujantes y editores que nos dan el ejemplo de dibujar y editar para los niños con la misma pulcritud y la misma perfección—acaso más—que si dibujaran para adultos entendidos.

¡Cómo no!... Es el único camino. El niño, o es un hombre, o no es nada, lo mismo que los adultos. El adulto, o es un hombre, o no es un hombre. Los años de más o de menos caen por fuera del asunto. No todo el "mayor de treinta" es un hombre. A veces, es un imbécil. "Jamás mujer alguna—ha salido del todo de la cuna", decía Cam-



La lectura de un libro de cuentos. Ilustración de un dibujante francés.

poamor. Hay hombres, igualmente, que se pasan entera la vida—y son longevos—completamente "en mantillas".

La edad es lo de menos. El niño no podrá leer el *Hamlet* ni los *Diálogos* de Platón, aprovechando toda la substancia, pero tampoco el adulto, por el hecho, y sólo el hecho, de haber entrado en quintas, podrá entrar igualmente en esas obras. Al niño le corresponden unas obras que sean de niño, en efecto; hay que hablarle en su lenguaje, como al español y al chino hay que hablarles también, igualmente, en sus respectivos idiomas; pero hay que hablarles bien, y no diciendo "haiga" o cosas peores que "haiga", porque el "haiga", al fin y al cabo, puede que "haiga" que decirlo en ciertos casos y sea preferible decir "haiga", si con eso nos van a entender, que decir "abracadabrante", o "epistemológico", o "adepto", o "stock", cuando hablamos con gentes sencillas.

Hay que hablar al niño en su idioma; pero el idioma del niño es un idioma completo, perfectamente humano, y en el que cabe plenitud y perfección, como cabe ramplonería. Cuanto se habla con limpieza lo que corresponde al niño, lo puede leer con fruición el hombre adulto. Con fruición y con aprovechamiento. El niño tiene a veces facultades que el hombre ha perdido, al fin, a fuerza de "instruirse". El niño no es más torpe que el hombre: es más limitado, nada más. No está desarrollado hasta el límite; pero tampoco está deformado. La intuición, la visión, la fantasía—y también, en ocasiones, y por eso, por lo expeditivo de las fuentes, el entendimiento—se encuentran en el niño dispuestos a ver de veras. En cambio, el hombre mayor ha leído libros de texto; ha tenido que aprendérselos; ha te-

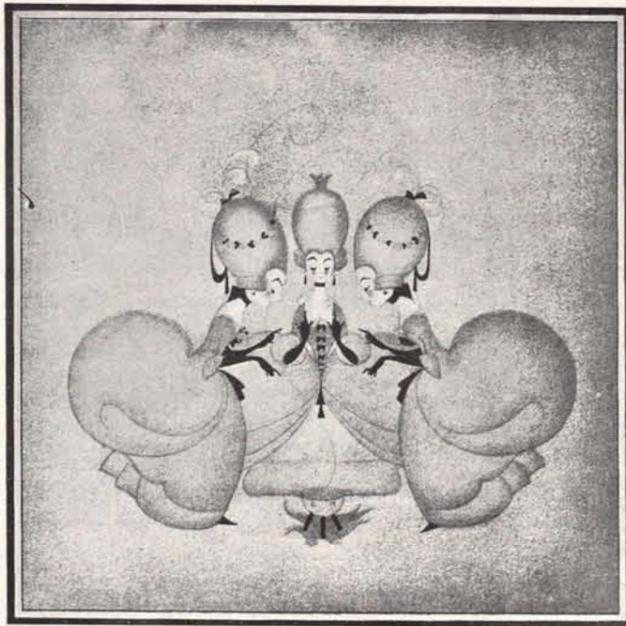


Ilustración alemana de un tomo de cuentos de hadas.

nido que examinarse, y ha terminado, a fuerza de instruirse, completamente tonto. Y más pedante que tonto.

Ya sabemos que la "instrucción" se hace poniéndonos en fila y procurando hacer, todos a la vez y según orden de mando, los mismos movimientos. Después de la instrucción, no hay iniciativa posible.

No son, pues, los hombres mayores los mayores hombres. ¡Ca!... Los padres, por darse tono, suelen decir a los niños que los demás—los tíos, los maestros y demás—son "las personas mayores". Pero casi nunca es verdad. Mayores sí lo son; personas, no. Si fuesen como Dios manda, serían, en efecto, personas y mayores; mayores que los niños, que serían, según eso, las "personas menores", pero también personas, en resumen.

Así, sí; con esa división y esa clasificación, quedarían las cosas claras. La cosa no está en ser chicos y ser grandes—cuestión de magnitud o de años—, sino en ser "personas" todos. Los unos, personas infantiles; los otros, personas adultas.

Cuando se escriba o dibuje para los primeros, habrá que hacerlo pensando que se hace para infantes, como habrá, en el segundo caso, que pensar que se hace para adultos; pero, en uno y otro caso, pensar que se hace también para personas.

El arte para los niños no ha de ser jamás un arte chabacano ni un arte sólo de niños: ha de ser arte ante todo. Y en siéndolo, ha de serlo para todos, para el niño también, o en primer término; pero además, en cuanto arte, para todos.

## LLEVA MI SOMBRA Y VETE

Por JULIO SIGÜENZA

*Toma mi brazo y vete. Te lo doy  
para que te defienda de mí,  
y de todos,  
cuando vayas por los parajes únicos  
en donde suelo estar  
cada vez que pienso hondo.*

*También te doy mis ojos para que te guíen  
y para que puedas ver lo que veo  
cada vez que hacia mí miro.*

*Te doy mis pies;  
ellos saben rutas vírgenes,  
inexploradas y herméticas para todos.*

*Anónimas rutas, jamás holladas,  
que viven de mis intentos  
y adivinan lo insondable de mis secretos  
cada vez que voy a sentarme en el sitio donde pienso.*

*Te doy aún mi corazón. Lleva  
también mi cerebro.*

*Ya estoy todo en ti;  
ya estás todo en mí.*

*¡Adiós!...*

*Lleva mi sombra y vete.*

### ESCRITO ESPECIALMENTE PARA "CIUDAD"

Los que creen que el arte de los niños o es o puede ser bobo, arbitrario, pueril y, en resumen, inferior o poco serio, porque se destina a seres aún elementales, se equivocan de medio a medio. Y si no gozan con los cuentos de los niños, es que, al hacer la instrucción, se han hecho autómatas: autómatas con galones, pedantes graduados, hombres de filas.

Los que hacen arte malo porque es arte para niños lo hacen porque no saben hacerlo de otro modo y porque no tienen conciencia. Con los grandes ocurre lo mismo: también hay quien hace arte bueno, procurando "obligar" al espectador a que ponga, al tratarlo de entender, lo mejor que tenga en sí mismo, y hay quienes, por el contrario, escriben arte malo, pero procurando, para que parezca bueno y el éxito sea fácil, fomentar y explotar los peores instintos del hombre.

Al adulto se le puede adular y enviciar con el arte, y al niño, también, igualmente. Al adulto se le puede elevar con el arte, haciendo que en él reaccione, y reviva, y se ejercite, y revelen sus posibilidades más nobles, haciéndole ser más, a fuerza de arte; y al niño se le puede reaccionar por el mismo procedimiento.

No hay, pues, diferencia alguna. La misión del arte bueno no es otra que la de "ponernos a parir": que nazca en cada cual el hombre nuevo. El niño, que se haga persona; la persona, que se haga "persona mayor"; la persona mayor, que siga superándose...

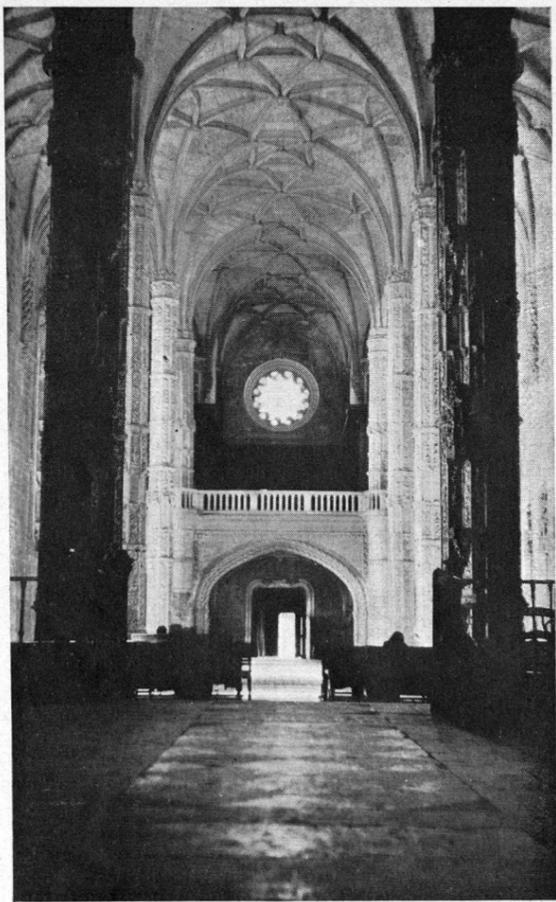
Ya Gedeón lo dijo, parodiando a Lord Byron: "Los niños de hoy serán los hombres del mañana"; y Pascal, sin parodiar, dijo lo otro: "El hombre se sobrepasa eternamente"... En eso, el monje y el loco coincidieron: "El hombre ha de ser superado"... El hombre tiene, siempre, que estarse superando. Esos que dicen que son "hombres hechos y derechos" son unos pobres diablos sin noción del ser del hombre: el ser que, siempre deshecho, ha de estarse haciendo siempre.

Por eso los artistas de verdad se superan cuando crean, aunque hagan arte de niños, y tratan de que el niño se supere y de que se supere el hombre. Nada de hombre de acción: hombres en acción, superándonos: en el arte, en la vida, en el ser, en el ser hombres.

# LISBOA

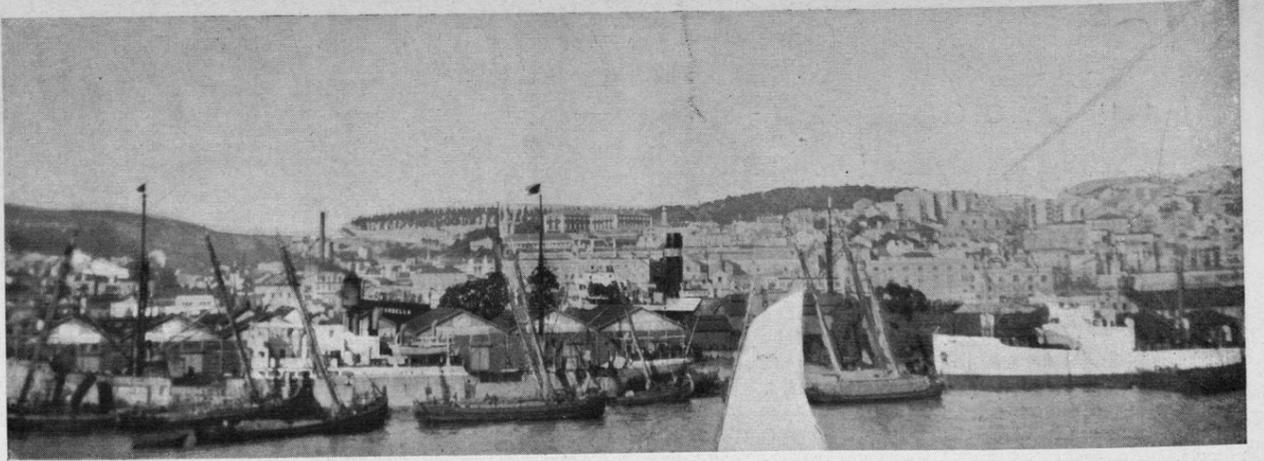
POR  
JOSE DIAZ FERNANDEZ

ESPECIAL PARA "CIUDAD"



Interior de la iglesia de los Jerónimos

Lisboa es una ciudad de geometría difícil, llena de aristas y reflejos, superpuesta, quebrada. Desde San Pedro de Alcántara se advierte un desorden de tejados, de torres y de cúpulas, como si los edificios, con el presentimiento de los terremotos, bajasen en tumulto a morir en el Tajo. La planta de la ciudad todavía es la misma que dictara a los arquitectos el famoso marqués de Pombal para reconstruirla después de la espantosa sacudida. Los terremotos de Lisboa conmovieron al mundo y excitaron la ironía de Voltaire: "Una desgracia como ésta no puede atribuirse a castigo de Dios. Una ciudad eclesiástica como Lisboa, ¿podía estar más abandonada por Dios que París, donde se bailaba alegremente a la misma hora en que Lisboa se derrumbaba?"



Vista panorámica de Lisboa desde el estuario del Tajo.

Lo cierto es que Pombal concibió una urbe inusitada, espaciosa, que, al cabo de dos siglos, sobrelleva dignamente el tráfico moderno. La ciudad nueva, la que se extiende hacia Benfica o sigue el camino de Estoril, no tiene fuerza para devorar lo antiguo, como le sucede, por ejemplo, a Madrid. La Lisboa de las "Descobertas" y del comercio marítimo conserva vivo todavía la sombra de D. Enrique "el Navegante"; tiene un pasado tan fuerte, que en él se mellan los fabulosos dientes de Cronos. Pues qué, ¿no es éste el mismo Tajo que el año 1846 vió salir los navíos de Bartolomé Díaz y Alfonso de Paiva, uno para Africa y otro para la India? Antes había estado Cristóbal Colón en la corte de Lisboa pidiendo recursos para ir a China y al Japón por Occidente. D. Juan II no le hizo ningún caso. Tanto él como sus técnicos le tenían por un ignorante intrépido. Colón, poco después, convenció a los reyes de Castilla para que le ayudasen en una empresa que salió bien por puro azar. Colón buscaba Asia y encontró América.

Pero el Tajo es quizá más bello descargado de historia, en uno de estos atardeceres lentos, de luz agónica, que yo considero inseparables del paisaje de Portugal. En los muelles ha terminado la jornada: las barcazas avanzan dulcemente sobre el lomo del río, empiezan a encenderse las baterías de los trasatlánticos y un lucero solitario brilla en la cumbre de Monsanto. El río penetra como un acero en las entrañas de Lisboa, que a tal hora afloja la tensión de sus músculos. Una nube de mecanógrafas, de funcionarios, de obreras del comercio, con sus maletines de cuero, asalta tranvías y autobuses para regresar a los barrios lejanos. Yo he sentido al anochecer toda la melancolía de Portugal, como si una corriente subterránea viniese desde muy lejos a desembocar en mi conciencia. Sólo en ese instante es exacta la imagen de Unamuno: "Portugal se me representa como una hermosa y dulce labradora que, de espaldas a Europa, sentada a la orilla del mar, con los pies descalzos bañados por la espuma de las ondas gimientes, las rodillas hincadas en el pecho y la cara entre las manos, contempla el sol que muere en las aguas infinitas. Porque para Portugal, el sol no nace nunca; muere siempre en el mar, que fué teatro de sus hazañas, cuna y sepulcro de sus glorias." El genio trágico de Unamuno ha recrudecido las nostalgias de Portugal. Gracias a ellas, sin embargo, aún quedan portugueses que se entregan a la heroicidad de la colonización, y emigran a Angola y a Cabo Verde para ampliar los dominios comerciales de su país.

A esta hora indecisa, el barrio de Alfama está ya poblado de sombras que llegan prematuramente, arrastrándose por el río como algunas canciones marineras. El gas coloca sus flores amarillas en los recodos de las calles estrechas; pero su luz más misteriosa e insinuante acecha a través de la cortina blanca que tapa, como un párpado hinchado, las puertas de las ta-

bernas. Allí dentro no se fraguan crímenes, ni el hampa afila sus odios con premura. Es el viejo romanticismo del fado lo que presiona como una herida el suburbio lisboeta. Nadie sabe de dónde ha venido esta canción dulzona y trágica, que mezcla la pasión del trópico, las tristezas de las nieblas atlánticas, el atavismo de las fuerzas naturales y la poesía de las riberas y de los campos. ¿Vino de la India, del Brasil o de Africa? Ciertos eruditos afirman que es la transformación de una danza africana; otros piensan que procede del Amazonas, y que trae en sus notas el ronco rumor de la selva. Yo pienso que es una música mezclada, como el propio pueblo portugués. Los marineros que venían del Brasil, de Marruecos, de Filipinas o del Japón llegaban impregnados de aires exóticos que, al verterse en el folk-lore portugués, se confundían y entrelazaban, refundiendo insensiblemente las canciones populares. El elemento nuclear del fado será típicamente lusitano; pero después se han agregado a él partículas exóticas, notas de paisajes lejanos, acentos de razas dispares, que forman una música desgarrada y extraña. Una música que tiene, sin embargo, matices definidos. El fado de Lisboa no es lo mismo que el de Coimbra. El de Coimbra es de línea más suave; sus temas son puros y románticos. El de Lisboa es más profundo y más trágico; pinta el amor furibundo y celoso, las terribles angustias del alma contrariada y el desdén por la vida, pues el portugués, como el andaluz, siente una especie de afición oriental por la muerte. Hay algo del cante jondo en el fado lisboeta. Pero la canción lusitana es todavía más desesperada y patética. Yo la he oído en las tabernas de Alfama, que es donde el fado conserva toda su fuerza natural, como si estas fadistas de ojos violentos acabasen de traerlo vivo y palpitante, como un pez oscuro, de las riberas del Tajo. A veces, nace allí mismo, en el corazón de la fadista, y sube a su boca empujado por el oleaje de los sufrimientos. Porque cada fadista pone la letra que le dicta su propia inspiración. Da la portuguesa entonces con su canción la vida entera, y me recuerda aquellos etíopes de que habla Oscar Wilde, que bajan al fondo del mar en busca de las perlas, para morir después extenuados por el esfuerzo. Por eso, el fado se escucha en la Alfama con la cabeza entre las manos, apagada la luz de la estancia. Cuando termina la canción y la lámpara luce de nuevo, los oyentes, hombres y mujeres, sollozan casi a gritos, en un acceso romántico que Freud o Kretschmer llamarían histérico. Es que todos han oído allí la voz de la sangre. Sangre de varias razas, mezcladas en el fondo común del pueblo lusitano, cuya gloria consiste en no haber repudiado el contacto con los pueblos de color, sentando así un principio de solidaridad universal. He pensado muchas veces que el fado expresa mejor que nada un aspecto de la psicología de Portugal. Este pueblo lleva desnudo el instinto del amor, lo mismo que la vocación por la muerte. En Lisboa abundan los negros y los mulatos, que son la prueba más próxima de las aventuras coloniales. Esas tiendas profundas, donde se trabaja todavía el oro de Ultramar; esos talleres de artesanos que alientan en el fondo de las callejuelas sombrías, guardan al negro redimido, el negro elaborado por el Continente, que sirve para que la Naturaleza juegue en Europa sus partidas de ajedrez.

ILUSTRACIONES DE  
CRISTOBAL ARTECHE

# EL FIGURANTE

NOVELA CORTA POR  
W. W. JACOBS

TRADUCCION DE  
ENRIQUE PEREZ MARILUZ

Al volver a su casa, Jorge Henshaw se limpió los zapatos en el felpudo, mucho más fuertemente y, sobre todo, mucho más tiempo de lo necesario. Llenaba la casa un silencio de mal augurio. Debajo de su chaleco, en el estómago, Henshaw sentía un malestar que el tiempo transcurrido desde el desayuno era insuficiente para explicarlo.

Tosió de una manera que pretendía ser segura. Y al colgar el sombrero en la percha tarareó una canción con un aire que él creía despreocupado. Ahora sólo bastaba dar un paso: entrar en la cocina. Y Henshaw entró resueltamente.

La señora Henshaw había terminado de almorzar. En un plato colocado cerca de ella se veía el hueso, meticulosamente pelado, de una costilla, y, del otro lado, una fuentecita que había contenido arroz; no quedaba más comida en la mesa que una cáscara de queso y unas migas de pan negro. Este examen hizo perder al señor Henshaw una parte de su seguridad. Sin embargo, tuvo fuerzas para coger una silla, la arrimó a la mesa, se sentó y esperó.

Con mirada ofensiva, la señora Henshaw seguía los movimientos de su esposo con una curiosidad no exenta de impertinencia. Su cara estaba roja y su mirada quemada: una de esas miradas que es difícil no ver y más difícil todavía sostener. Adoptando un término medio, Henshaw dejó errar la suya alrededor de la cocina antes de posarla, por el tiempo que dura un relámpago, en el rostro irritado de su esposa.

—Has almorzado temprano—dijo, al fin, con una voz que temblaba.

—¡Ah!—comentó la señora Henshaw.

En el silencio que siguió, Henshaw se esforzó por encontrar una razón que no le quitase toda esperanza.

—Es cierto—dijo—, que el reloj está adelantado.

Se levantó y corrió la aguja culpable en sentido opuesto al de su recorrido habitual.

Casi al mismo tiempo se levantó su señora, y con estudiada lentitud púsose a retirar el cubierto.

—¿Y... mi almuerzo?—preguntó Henshaw en un supremo esfuerzo para no abandonarse a sus más lúgubres temores.

Su palabra brilló como un relámpago, y, con efecto, el trueno estalló.

—¿Su almuerzo?—chilló la señora Henshaw con una voz que la cólera desafinaba—. ¿Su desayuno? Dígame a la persona con quien usted se paseaba en autobús que le haga su desayuno.

Henshaw tuvo un momento de desaliento. Después dijo con cierto énfasis:

—Te repito una vez más que no era yo. Ya te lo dije ayer. Pero es el caso que cuando se te mete una idea en la cabeza, no se...

—¡Vamos!—interrumpió la señora Henshaw—. Es inútil mentir, Jorge Henshaw. Yo le he visto, como le veo ahora, hacerle cosquillas en la oreja con una pajita. El sinvergüenza de Ted Stokes, su amigo, estaba también detrás de usted, con otra mujer. Debería tener un poco más de sensatez. En tanto que yo quedo aquí fregando y echando los bofes como una esclava, para hacer un hogar respetable...

—Te digo que estás equivocada—repitió el acusado con una voz casi segura.

Mas la señora Henshaw no escuchaba ya, y proseguía desencajada:

—Yo grité detrás de usted, y usted se sobresaltó. Calándose el sombrero hasta las orejas, usted volvió la cabeza. Y tuvo suerte de que hubiese tanto tráfico en ese momento. Si no me hubiera caído, cuan larga era, en la mitad de la calzada, le hubiese dado alcance, y... ¡ya veríamos! ¿Cómo hice para que no me aplastasen cien veces? Lo ignoro. ¡Miserable! Yo estaba embarrada de pies a cabeza...

Henshaw hizo esfuerzos para no reírse. Esfuerzo inútil...

—¡Ah! ¿Se ríe usted? Motivos hay. Y esas dos vampiras debieron haberse reído bastante también. Pero, ¡paciencia! Reirá mejor quien ría último.

Y pasó como una furia a la cocina, en donde Henshaw la sentía lavar a golpes la vajilla.

Quedó unos instantes de pie, con las manos en los bolsillos, preguntándose qué actitud tomaría. Por fin se decidió: cruzó el vestíbulo, cogió su sombrero y marchóse.

Almorzó muy mal en un restaurante del barrio, vagó por las calles, y a las seis, más o menos, regresó a su casa. Se dirigió al armario: el armario estaba vacío. No tuvo más remedio que marcharse al café, en donde se hizo servir una leve merienda. Descharche al café, en donde se hizo servir una leve merienda. Después de este piscolabis, que fué sombrío, se fué a buscar a su amigo Ted Stokes, con el fin de analizar entre los dos la situación.

—Ten cuidado—dijole a Stokes (y unió la palabra al ademán)—. Si alguna vez mi mujer te habla de este asunto, no te turbes. El que ella vió en tu compañía en un autobús no soy yo: es un amigo tuyo.

Stokes insinuaba una sonrisa socarrona, que la fría mirada de su amigo borró.

—¿Por qué no confesarlo todo?—dijo, como iluminado súbitamente por una idea—. ¿Por qué no decir que eres tú? ¿Hay acaso algo de malo en pasearse con dos damas y un amigo?

—Ya lo sé que no es malo—dijo Henshaw, como queriéndose convencer a sí mismo. Si fuese malo, ¿acaso hubiese sido yo de la partida? Pero ya conoces a mi mujer...

Lo que Stokes sabía muy bien era la opinión que de él tenía la mujer de su amigo. Meneó la cabeza y agregó:

—Hay que convenir que ustedes se excedieron. Representaban en el autobús una comedia nada común. Por ejemplo, cuando tú quisiste...

—Cuando se está con una dama—interrumpió Henshaw con innegable dignidad, ¿conviene mostrarse galante, sí o no? Y volviendo a mi mujer, si te llegase a hablar de este asunto, trata de convencerla de que era uno de tus amigos del campo, a quien por casualidad me parezco como una gota de agua a otra.

—Un amigo que se llamaría... ¿Mac Ana, por ejemplo?—dijo Stokes, comprensivo—. Tom Mac Ana...

—No es el momento de hacer chistes.

—¡Bueno! ¡Bueno!—comentó Stokes, sorprendido—. El nombre es lo de menos. Yo, comprenderás... ¿Qué te parece el nombre de Bell? ¿Alfredo Bell? Yo conocí antes uno que se llamaba así, y me acuerdo también que una vez me pidió prestadas cinco libras...

—Está bien el nombre—dijo Henshaw, después de haber reflexionado—. Pero ten cuidado de emplear siempre el mismo. Además, deberías combinar por anticipado una historia con detalles precisos: en dónde vive Bell, etc. Hay que ponerse en condiciones como para soportar un interrogatorio, sin poner cara de idiota.

—Haré por ti lo que pueda—prometió Stokes—; pero me parece difícil que venga tu mujer a interrogarme. ¡Está demasiado segura de que eres tú!

Dieron algunos pasos en silencio, y, embebecidos todavía en sus pensamientos, entraron maquinalmente en un bar. Henshaw vació su vaso con el mismo aire con que se cumple con un deber cívico. Stokes, por el contrario, chasqueando su lengua después de cada sorbo, celebraba el "cock-tail" en términos notablemente ampulosos.

Stokes contemplaba a su amigo con simpatía.

—Deja de atormentarte—dijo, tranquilizador—. Tienes que atenerte pura y simplemente a tu historia, que todo se arreglará. Dile que me has hablado del asunto y que se trata de un tipo que se llama Alfredo Bell: B, e, dos l, y que vive... que vive... en Irlanda. ¡Oh! ¡Una idea!

—¿Qué? ¿Otra más?—dijo Henshaw, rechazando la mano que Stokes había apoyado en su hombro.

—¡Tú desempeñarás el papel de Alfredo Bell!—exclamó Stokes, ya entusiasmado.

Henshaw tuvo un sobresalto, e inquieto miró a su amigo, encontrándole los ojos demasiado brillantes y hasta un poco extraños.

—¡Sí, sí!—repetía Stokes—. ¡Tú mismo harás de Alfredo Bell! ¿No comprendes? La cosa es muy sencilla, sin embargo. Tú finges ser mi amigo Bell y me acompañas a tu casa a ver a tu mujer. Te prestaré un traje, una corbata y todo lo necesario para "maquillarte". ¡Y le haremos la jugarreta del siglo a tu mujer!

—¿Qué?—rugió Henshaw, atolondrado.

—Es sencillísimo—insistió Stokes—. Mañana a la tarde vienes a buscarme, y yo te llevo a TU CASA, previa mudanza de indumentaria. Allí pregunto por ti... PARA MOSTRARTE A TI MISMO. ¿No caes? Yo me muestro apenado de que hayas salido, y hasta podemos entrar un instante en tu casa PARA ESPERARTE.

—Mostrarme a mí mismo?—dijo Henshaw, que respiraba con dificultad.

—¡Caramba!—exclamó Stokes, riendo y guiñando un ojo—. ¿No te das cuenta de que el parecido vuestro es admirable?... ¡Es una idea brillante! ¿No es cierto? ¿Te imaginas? Nosotros dos, sentados en la sala, conversando con tu mujer, estupefacta, y esperando que vuelvas del trabajo, y preguntando por qué tardas tanto... ¡Si es colosal!

Henshaw miraba fijamente a su amigo, y cogiendo el vaso con toda la mano, vació su contenido de un sorbo.

—¿Y mi voz?—preguntó, haciendo una mueca.

—¿No eres capaz de cambiarla totalmente?

Se entregaron inmediatamente a los experimentos. Como estaban solos en el café, Henshaw, ya convencido del todo, hizo algunos ensayos. Primero imitó la voz de bajo profundo; pero le hizo daño en la garganta, y enronqueció. Ensayó entonces un falsete que hizo rechinar los dientes de Stokes. Esta vez el resultado fué más desastroso. El ensayo fué interrumpido por el patrón del bar, que por dos veces entró en el salón, creyendo oír hablar a nuevos clientes.

Comenzó por decirles a Henshaw y Stokes lo que pensaba sobre su manera de conducirse en público, extendiéndose largamente sobre el tema.

—¿Se creen, acaso, que están en una jaula de monos?—dijo, para concluir de la manera más desapacible.

Y salieron ambos violentamente.

—¡Vamos!—interrumpió la señora Henshaw—. Es inútil mentir, Jorge Henshaw. Yo le he visto, como le veo ahora, hacerle cosquillas en la oreja con una pajita.



—¿Y mi voz?—preguntó, haciendo una mueca.

—Hubiese querido verle personalmente—dijo Stokes con lentitud—. He venido con mi amigo, el señor Alfredo Bell, a quien quería presentárselo.

Al ademán de Stokes, la señora Henshaw se inclinó, sacó la cabeza, y advirtiéndole a su marido:

—¡Jorge!—gritó con una voz tan acariciadora como la de una navaja mal asentada.

Stokes tuvo una sonrisa inefable y candorosa:

—¡Pero si no es Jorge!—dijo—. Es mi amigo Alfredo Bell. ¿Verdad que el parecido es extraordinario, asombroso? Es por eso por lo que se me ocurrió traerle a Alfredo: quería que Jorge le viese.

La mirada de la señora Henshaw iba del uno al otro, alternativamente furiosa y extraviada.

Volviéndose al señor Bell, Stokes dijo:

—La señora es la esposa de mi amigo Jorge Henshaw.

—¡Señora!—dijo Bell, demasiado secamente quizá.

—Ha tomado frío en el tren, viniendo de Irlanda—explicó Stokes—, y cometió la imprudencia de salir conmigo la otra tarde a dar una vuelta en ómnibus, y, naturalmente, se ha constipado de nuevo. Es por eso por lo que...

—¡No es posible!—interrumpió la señora Henshaw.

—Le gustaría mucho ver a Jorge, replicó Stokes, ya completamente absorbido por su papel—. Esta tarde debía partir para Irlanda, pero ha postergado el viaje hasta mañana para ver a su marido.

Pero el señor Bell, con una voz más ronca que nunca, declaró que acababa de cambiar de parecer y que se marcharía inmediatamente.

—¡Es ridículo!—exclamó Stokes—. Jorge se pondría muy contento de conocer su "alter ego", y no debe tardar mucho. Podríamos esperarle, ¿verdad, señora Henshaw?—agregó, sin ver la mirada azorada del señor Bell.

—Pasen ustedes—invitó la señora Henshaw, como repentinamente decidida.

Stokes entró. Viendo que Henshaw tardaba en seguirle, volvió a salir, y, apoderándose de él, tironeándole, empujándole, consiguió hacerle cruzar la puerta.

Siguieron a la señora Henshaw hasta la sala. Stokes no se cansaba de hablar.

—¡Le hubiera usted visto anteayer en el autobús! Ibamos con dos señoras amigas mías. Tan galante se mostró el señor Bell con ellas, que hasta el cobrador quedó asombrado.

Ya completamente seguro sobre el final de la aventura, el señor Bell intentaba, a escondidas, hacer llegar a su amigo las manifestaciones de su malhumor.

—Y, como es natural, escandalizaban...—comentó la señora Henshaw, los ojos clavados sobre el culpable.

Respirando dificultosamente, el señor Bell intentó decir algo.

—¡No es cierto! ¡No le crea usted nada!

Pero Stokes replicó:

—¡Vamos! No hay por qué avergonzarse. ¿Recuerdas? Yo te lo decía en el autobús: "Alfredo, todo esto es hermoso y bueno para ti, que eres soltero; pero el caso es que te pareces como un hermano a uno de mis buenos camaradas: Jorge Henshaw. Si alguien te viera, podría tomarte por el otro."

—Sí, sí, repetía el señor Bell, presa de un terrible malestar.

—Se figuraba que tenía ánimo de reírme—prosiguió Stokes, vuelto hacia la señora Henshaw, y no quería creerme. Fué entonces cuando decidí traerle aquí para que se convenciera.

—Yo también ardo en curiosidad de ver a los dos juntos—dijo tranquilamente la señora Henshaw—. En cualquier lugar habría tomado al señor Bell por mi marido.

—A menos que lo hubiera encontrado anoche—agregó Stokes, riendo cazarmente.

—¿Tal era la escandalera?—preguntó la señora Henshaw.

—¡Mentira!—exclamó el señor Bell, olvidando su ronquera.

Tan cargada de cólera estaba su mirada, que Stokes estuvo en un tris de renunciar.

—No me gustan los chismes—agregó.

—¿Y si yo se lo pidiera?...—dijo la señora Henshaw, con insinuante sonrisa.

Disimulando mal su impaciencia, el ronco hizo un esfuerzo.

—Anoche—narró—me fui a pasear solo por el parque Victoria. Más tarde me encontré con Stokes, aquí presente, y nos fuimos a beber cerveza a un bar. Eso es todo.

La señora Henshaw miró a Stokes, que respondió con una guiñada.

—Tan exacto como que me llamo Alfredo Bell—juró el falso irlandés, después de una duda muy natural.

—¡Ah!—suspiró la señora—. ¡Ojalá pudiera tener yo un marido tan juicioso como usted!

Y movía tristemente su cabeza.

—¡Usted me deja alelado!—exclamó Stokes—. ¿Acaso no pasan tranquilamente sus noches? Yo lo creía tan tranquilo, iba a decir "demasiado tranquilo". Le doy mi palabra que nunca he conocido hombre más juicioso. Hay veces que llevo hasta reprenderlo por eso.

—¡Es que es muy hipócrita!—suspiró la señora Henshaw.

—¡Pero si siempre tiene prisa por regresar!—prosiguió Stokes, animado de sus mejores intenciones.

—Puede ser que le diga eso para desprenderse de usted—dijo la señora Henshaw, como hablando consigo misma—. Suele decirme que le es muy difícil deshacerse de usted.

El tiro dió en el blanco. Stokes se levantó de su asiento y lanzó al señor Bell una mirada cargada de furor.

—Hubiera podido decírmelo a mí mismo—dijo agriamente—. Saben todos mis amigos que no soy hombre de imponer mi compañía a quien no la desea.

—Siempre le digo lo mismo—continuó la señora Henshaw—: "¿Por qué no le dices al señor Stokes que no deseas su compañía?" Pero no se atreve. No se atreve a decirselo en la cara. Es muy suyo eso de hablar por detrás de la gente.

—¿Y qué más cuenta de mí?—preguntó Stokes, sin querer ver los mudos desmentidos del señor Bell.

—Si yo se lo cuento—dijo la señora Henshaw—, ¿me promete usted no repetírselo?

Y cuando se formalizó la promesa:

—Pues bien—dijo la señora—: mi marido me cuenta que sus torpezas y su vanidad lo enferman, que usted lo aburre...

—¿Qué más?—preguntó Stokes, implacable.

—Me cuenta que hay que insistir tanto para que usted pague, una vuelta, que casi siempre prefiere hacerlo él mismo, para evitar toda discusión.

Stokes se contuvo. Con los puños en alto, y fulminando al señor Bell con sus ojos, se levantó como si fuera a aplastarlo. Pero, en un supremo esfuerzo, consiguió dominarse. Sus manos se abrieron, y volvió a sentarse.

—¿Y algo más?—preguntó todavía.

—Sí, mucho más—aseguró la señora—. Pero no quisiera que por mi culpa usted se enojara con Jorge.

—¡Bah, no se preocupe usted!—dijo Stokes, mirando amenazadoramente al señor Bell—. No me importa lo que puedan decir de mí. Puede ser que un día le cuente algunas cosas de su marido que podrán interesarle...

Henshaw daba muestras de una viva agitación.

—¡Miel sobre hojuelas!—exclamó la señora Henshaw— ¿Y qué espera para contármelas? ¡Cuéntelas ya! El señor Bell puede escucharlo todo. Su presencia no me molesta.

Pero el señor Bell, aunque no le consultaron, dió su parecer.

—No tengo ningún deseo de escuchar secretos de familia. Permítidme decir, además, que no sería elegante de nuestra parte...

—Tienes razón—asintió Stokes, recobrándose súbitamente—. No soy de los que hablan del prójimo por detrás. Esperemos que regrese Jorge y hablaré en su presencia.

A partir de entonces, la conversación languideció penosamente, a pesar de los esfuerzos de la señora Henshaw para animar al señor Bell a hablar de Irlanda. A las primeras preguntas, el visitante tornóse repentinamente atónico. Y guardó silencio, incapaz de impedir que la señora Henshaw narrase una serie de chismorreos acerca de la familia de su marido. Estaba ya a punto de contar con lujo de detalles un incidente en el que su suegra desempeñaba un papel poco edificante, cuando el señor Bell, levantándose de un salto y tartajeando algo, manifestó su deseo de despedirse inmediatamente.

—Tal vez regresemos más tarde—dijo Stokes, que comenzaba a impacientarse—. Buenas noches, señora Henshaw.

Y tomó la delantera en procurarse la puerta, seguido del señor



Y ya en la calle, siguieron a vueltas con el tema.

—Lo que tienes que hacer es tratar de estar bien acatarrado—decía Stokes—. Habrás tomado frío cuando venías anteayer de Irlanda. En lugar de cuidarte, te has ido a pasear conmigo y dos damas en ómnibus, como un imbécil. ¿Entiendes? A ver, ensaya otra vez una ronquera.

Henshaw ensayó. Viendo Stokes que su amigo desempeñaba su papel sin convicción, se extendía en elogios para animarle.

—¡Jamás lo hubiera creído de ti—dijo—. ¡Es sencillamente maravilloso! ¿Por qué no me has dicho que sabías representar tan bien una comedia?

Henshaw replicó que ni él mismo se había percatado de ello hasta ahora, y, teniendo de su situación una perspectiva menos pesimista, continuó ensayando mientras caminaban. Pronto tuvo la garganta en tal estado, que la necesidad de un nuevo refrigerio se hizo sentir imperiosamente.

—Bueno; entonces, adiós, y mucho ánimo. Continúa con el ejercicio—le decía Stokes algo más tarde—. Trata de salir mañana a las cuatro, e iremos a ver a tu mujer a una hora que ella te crea en el trabajo.

Después de haberle elogiado por su ingenio, y reconfortado por la confianza que le inspiraba un amigo, tan lleno de recursos, Henshaw volvía a su casa en un estado de espíritu mucho más favorable. La vista de su casa despertó todos sus temores; pero encontró su alivio al advertir la luz apagada y a su mujer acostada en la cama.

Se levantó muy temprano al día siguiente. Contrariando sus costumbres, la señora Henshaw no hizo el menor ademán de preparar el desayuno. Henshaw bajó a la cocina, abrió el armario; pero no encontró nada. Hambriento y sin saber qué hacer, vagó como alma en pena por las distintas habitaciones de la planta baja. Por fin, tomó una decisión, y subió las escaleras, y con intención de preparar la sesión de la tarde, le espetó a la señora Henshaw un largo discurso, reprochándole su conducta; a medida que se producía, redondeaba los párrafos y subía el tono. Anunció su designio de no volver a poner los pies en la casa mientras la señora Henshaw no cambiase de actitud. Fué un bello discurso; pero es necesario decir que, considerado bajo el ángulo recto de la autoridad marital, el discurso perdió mucha eficacia, por haber sido dicho a través de la puerta del dormitorio, que la señora Henshaw había cerrado con llave. Reproches tan merecidos hubiesen ganado, además, de no haberse interrumpido bruscamente cuando se abrió la puerta y Henshaw se encontró de repente cara a cara con su mujer, la cual hacía muy bien su papel de acusadora cuando no decía nada. Es por eso por lo que sólo quedan algunos fragmentos del discurso que pudieron llegar a oídos de la señora Henshaw a través de la puerta de la calle..., después que su marido se retiró precipitadamente.

Llegó la noche, y, como se había convenido, Henshaw dejó su trabajo dos horas antes que de costumbre. La jornada le pareció interminable, y llegó a la casa de Stokes con el ánimo deprimido. Felizmente, su amigo tenía suficiente buen humor como para dos personas. Ayudó a Henshaw a mudarse de traje, lo peinó con raya al medio, hecho lo cual, inspeccionó a su nuevo amigo Alfredo Bell y expresó satisfacción en términos algo desproporcionados a su objeto. Por consejo de Stokes, Henshaw se ennegreció más las cejas y la barba, empleando un corcho quemado. Su obsequioso amigo terminó por declarar que era tan perfecto el disfraz, que ni aun la señora Henshaw madre reconocería a su propio hijo.

Y se pusieron en camino.

—Un consejo más—dijo Stokes—. El físico está bien, pero es necesario que lo moral no le vaya en zaga. Se trata ahora de ser alegre y hasta chispeante. No te olvides que representas el papel de un hombre afortunado. Sé tan diferente de ti mismo como puedas. Y, por fin, trata de no dar a tu mujer, en un momento de distracción, alguno de esos nombres familiares que usaréis en la intimidad.

—¡Nombres familiares!—dijo Henshaw con apagada sonrisa—. ¡Pobre Stokes! Tus ideas sobre el matrimonio cambiarán cuando hayas caído en el lazo.

Y se encerró en un silencio malhumorado.

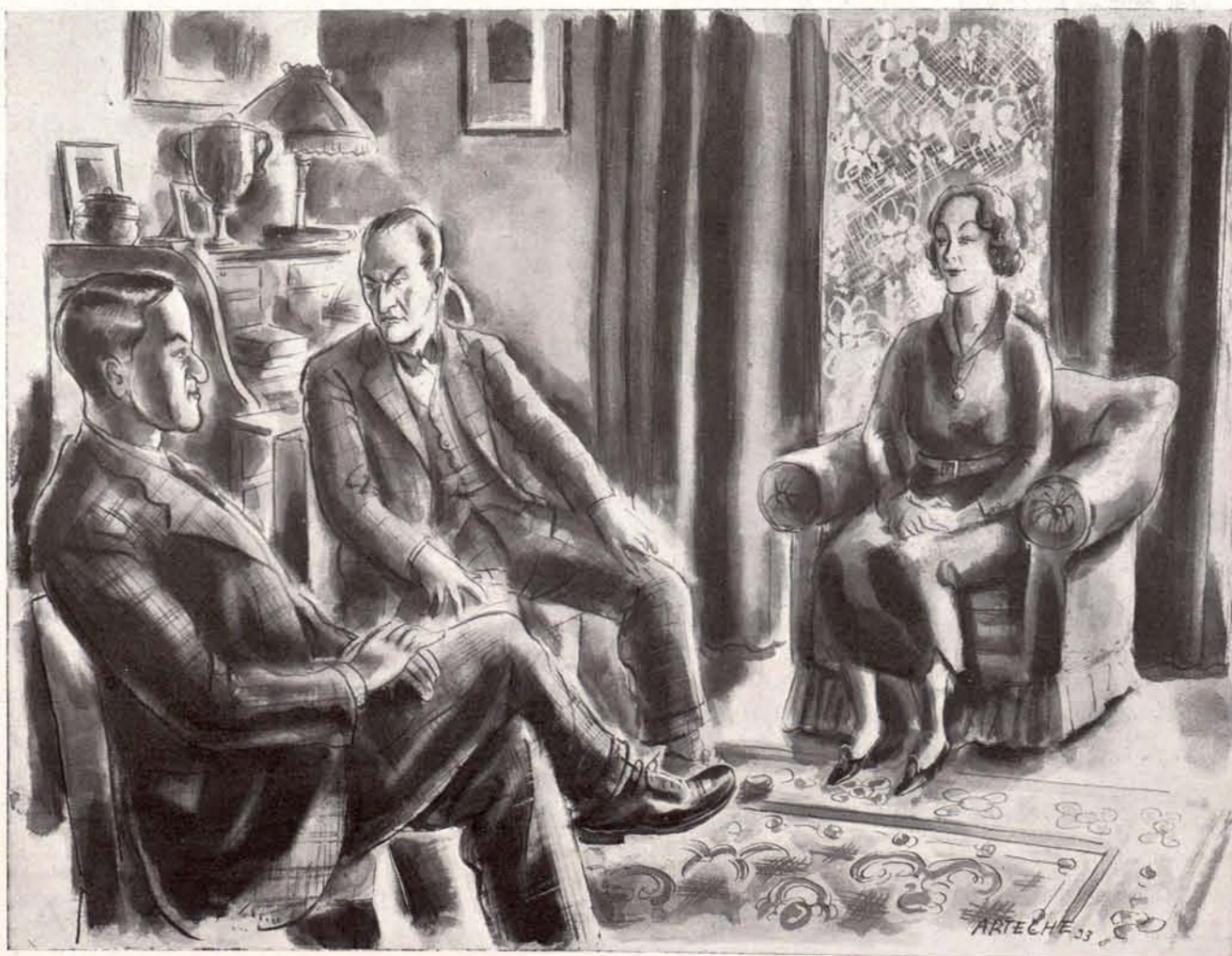
A medida que se aproximaban a la casa, Henshaw perdía un poco de terreno sobre Stokes, y cuando éste, por fin, llamó a la puerta, su amigo estaba ceremoniosamente aparte, adosado a la casa vecina.

Abrió la señora Henshaw.

—¿Está Jorge?—preguntó Stokes con naturalidad.

—¡No ha vuelto!

—¡Bah, no se preocupe usted!—dijo Stokes, mirando amenazadoramente al señor Bell—. No me importa lo que puedan decir de mí.





Encendió una cerilla y, sosteniéndola lo más cerca posible de su cara, se empujó sobre la punta de los pies y dirigió la nariz hacia la ventana, desde donde la señora Henshaw le escrutaba.

Pero Stokes replicó sin indulgencia, y los dos regresaron, casi nojados, a casa de aquél. Una vez en el departamento, Stokes esperó, sin decir una palabra, a que Henshaw se desnudara. Le rehusó la mano con un gesto que había visto hacer en el teatro, y luego de acompañarle hasta abajo, le dió un portazo en las narices.

Librado a sí mismo, Henshaw perdió el poco coraje que le quedaba. Vagabundó por las calles oscuras, aventurándose al azar de una dirección, para volver luego sobre sus pasos. Las diez de la noche le encontraron caminando. Cansado, desconcertado, decidió regresar a su casa. En la esquina de su calle hizo un esfuerzo, se recobró y con paso rápido encaminóse hacia el portal de su casa. Introdujo la llave en la cerradura; pero la puerta no cedió. Comprendió que los cerrojos habían sido echados desde el interior. La señora Henshaw se había encerrado.

No se veía ninguna luz. A la cuarta llamada, una lámpara se encendió en la habitación superior; la celosía fué abierta, y por el estrecho vano de la ventana apareció la señora Henshaw.

—¡ Señor Bell!—exclamó ella con una voz en la que se mezclaba por igual la sorpresa y la fiereza de sus virtudes ultrajadas.

—¡ Señor Bell!—exclamó Henshaw con una voz más asombrada que la de ella—. Yo no soy el señor Bell: soy yo, Paulinita; mírame.

—¿ Se atreve usted a llamarme por mi diminutivo?—dijo la voz—. Máchese usted, señor; máchese inmediatamente.

—¡ Paulina—repitió Henshaw—, Paulina, te digo que soy yo!... ¿ No ves que soy Jorge? ¿ Por qué se te ocurre llamarme señor Bell?

—Si usted es el señor Bell, como lo creo, usted me entiende muy bien. Y si usted es realmente Jorge, como usted lo pretende, no podrá entender esta situación.

Y mientras le decía esto, se inclinaba todo lo que podía, fingiendo que observaba al visitante sumergido en la sombra.

—¡ Pero yo soy Jorge! Paulina, ¿ no ves que soy yo?—chillaba el desventurado.

—No sé qué pensar...—dijo la voz desde lo alto, extraviada y temblorosa—. No sé qué hacer. Ted Stokes vino esta tarde con un tal Alfredo Bell, tan parecido a usted, que ya no puedo distinguir a uno del otro. De manera que no abriré la puerta hasta que no haya visto a los dos juntos. Es la única manera de saber cuál es Jorge y cuál es el señor Bell.

—¡ A los dos juntos!—gritó Henshaw—. ¡ Imposible! Paulina, yo te ruego... Escucha... ¡ Mírame bien!

Encendió una cerilla y, sosteniéndola lo más cerca posible de su cara, se empujó sobre la punta de los pies y dirigió su nariz hacia la ventana, desde donde la señora Henshaw le escuchaba. La escena duró varios segundos.

—Es inútil—habló ella, por fin, fingiendo desesperación—. Es inútil. No puedo distinguirlos. Es menester que os vea juntos.

Desde la acera de enfrente hubieran podido escuchar el castañeteo de los dientes de Henshaw.

—Pero ¿ dónde está el señor Bell?—preguntó—. ¿ Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Se marchó con Stokes. Si usted es realmente Jorge, lo mejor que puede hacer es ir en su busca.

El busto de la señora Henshaw volvió a meterse en la ventana. Un grito la contuvo.

—¿ Y si no está en Londres?—gritaba Henshaw.

—Si ya no está en Londres—contestó ella—, traiga a Stokes. Si él afirma que usted es mi marido, le dejaré entrar.

La celosía volvió a cerrarse y la luz se apagó. Henshaw esperó todavía unos instantes. Luego, comprendiendo que toda insistencia era inútil, emprendió el camino de la casa de Stokes.

No se hacía ninguna ilusión sobre la recepción que le esperaba. Si se equivocó, fué en menos. Arrancando bruscamente de su primer sueño, Stokes se mostró injurioso, amargo y brutal. Pero tan miserable estaba Henshaw, que Stokes, después de haber jurado y perjurado que nada ni nadie le decidiría a acompañar a su casa a su ex amigo, terminó por rendirse. Conmovido, sobre todo, por las amenazas de la víctima, subió a su habitación y se vistió.

—Ten presente lo que te digo—le explicaba a Henshaw cuando caminaban por esas calles de Dios—. Es el último favor que te hago. Después de éste, no quiero verte la cara nunca más. ¡ Jamás!

Henshaw no respondió. Los acontecimientos de esa memorable jornada habían agotado completamente sus fuerzas. Y no rompieron el silencio hasta que llegaron a la casa.

Con gran alivio de su parte, Henshaw comprobó que al primer campanillazo hacían ruido en la habitación superior. Instantes después, el hueco de la ventana dejaba ver el camisón blanco de la señora Henshaw.

—¡ Todavía!—exclamó la mujer con voz copiada de la tragedia—. ¡ Vaya con el hombre pesado éste!

—Pero ¡ si soy yo!—gimió Henshaw—. ¿ No ves que soy yo?

—No hay error posible, señora Henshaw—apoyó Stokes—. Este que usted ve aquí es Jorge, su marido. Alfredo Bell se ha marchado. Esta tarde tomó el tren para Irlanda...

—Eso sí que está bueno!...—replicó la voz—. ¿ No os da vergüenza ponerlos de acuerdo para sostener semejante mentira? ¿ Cuál es su miserable papel, señor Stokes? Yo os digo que ese señor es el señor Bell, y si vosotros no os marcháis al instante, pido auxilio y llamo a la policía... ¿ Qué os habéis creído?...

Henshaw y Stokes, atolondrados, la miraban con los ojos fuera de sus órbitas. Conferenciaron unos segundos en voz baja, y luego, en una última tentativa, Stokes se empujó hacia la ventana y preguntó:

—¿ Cómo sabe usted que es el señor Bell? ¿ No dice usted que no sabe distinguirlos?

—¿ Que cómo lo sé, monstruos?—respondió la voz, ultrajada—. ¿ Que cómo lo sé? Lo sé porque Jorge está en casa. ¿ Lo habéis comprendido? Jorge regresó poco después de marcharse el señor Bell.

—¡ Que está en casa!...—exclamó la voz aguda de Henshaw—. Que ha regresado...

—¡ Sí, señor! Y no chilléis tanto, si os parece, que me lo vais a despertar.

Las dos sombras, en la calle, se volvieron una a la otra, estupefactas. Stokes fué el primero en recobrar su aplomo. Cogió a Henshaw del brazo y se lo llevó suavemente. Cuando llegó al extremo de la calle, aspiró el aire de la noche, y, después de una corta pausa, indispensable para recoger sus energías diseminadas, resumió así la situación:

—Tu mujer descubrió la treta desde el comienzo. No hay error posible. Será necesario que pases la noche en mi casa. Y mañana, lo mejor que puedes hacer es confesar toda la verdad y decirle que fuiste un tonto al pretender engañarla. ¡ Ah!, pero eso sí... Tendrás que reconocer que yo tenía razón cuando te aconsejaba que no mintieras.

Bell, quien, ahora sí, tenía tal prisa por salir, que caminaba literalmente sobre los talones del traidor.

Adivinando que la señora Henshaw los observaba desde el umbral, Stokes caminaba en silencio. Pero apenas traspusieron la esquina, miró a Henshaw y, en términos hoscos y violentos, declaró querer saber lo que "eso significaba".

—¡ Ya estoy hart! ¡ Ya estoy hart!—gritaba, mientras con su mano abierta borraba en el aire las denegaciones de su amigo—. Ten en cuenta que, a partir de hoy, todo ha terminado entre nosotros y que no deseo verte más.

—Muy bien. ¡ Adiós, entonces!—dijo Henshaw, deteniéndose y mirando con la mirada a su cómplice, inesperadamente altanero.

—Ah, no! Primero devuélveme el pantalón, y luego puedes marcharte y hacerte el arrogante.

—Estoy seguro—comentó Henshaw, más sombrío que nunca—que me ha reconocido desde el primer momento, y todos los chismorreos que nos contó eran para ponernos a prueba.

## Juana Francisca Rubio...



que expone desde la semana pasada en la sala del Lyceum Club Femenino, una serie de 24 dibujos

Un crítico dice de esta muestra:

"Estampas de una exquisita factura, pródigas en ritmos graciosos, plenas de poesía cromática, que hacen pensar en los grandes ilustradores franceses e ingleses."

# EN EL PROXIMO NUMERO

El miércoles 13 de febrero

MANIA Y TRANSITO DEL DOCTOR CHERUBINI, cuento escrito expresamente para CIUDAD, por Eduardo Blanco-Amor.

EPITAFIOS, antología humorística, por el comediógrafo Antonio Asenjo.

LA CAJA OBLONGA, cuento de Edgar Allan Poe.

DOS POEMAS INEDITOS, de Alejandro Casona.

LOS NOVILLOS, crónica taurina por "Don Quijote".

TRAGICO FIN DE LA ARANA SOBERBIA, un cuento de Benjamín Núñez Bravo.

PUCK, VENDEDOR AMBULANTE, por Félix Pita Rodríguez.

CONVERSACIONES CON EL CONDE DE KEYSERLING, reportaje de Miguel Angel Colomar.

Notas de nuestra Relación en París y las secciones habituales, además de otros originales de gran interés.

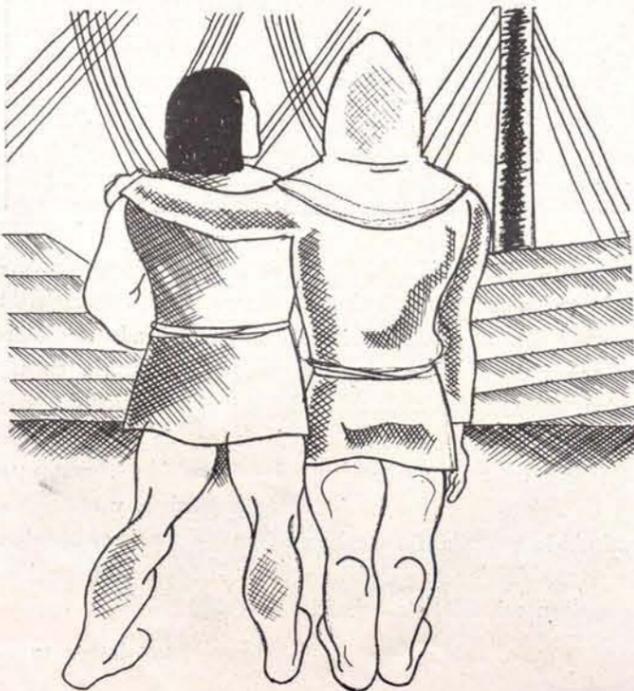




Muchas veces me he preguntado, cavilando sobre la poesía romántica gallega, por qué habrá faltado el tema del mar entre sus elementos de inspiración, siendo, como es aquí, el tema entrometido y poderoso que condiciona, como compás inicial, todo el ritmo posterior del paisaje. No está presente en Lamas Carvajal, ni en Curros, y apenas en Rosalía de Castro, que, sin embargo, buceó en todas las dimensiones y profundidades del suelo de Galicia, sin que sus manos milagrosas buscasen, ni una sola vez, el claro teclado de las playas o el registro profundo de los acantilados. Y si el mar asoma en alguna ocasión por entre las aceradas rimas del solitario Pondal, es solamente para servirle de metáfora en su rudo profetismo étnico, en su añoranza de aquella estirpe de los celtas:

*Os dos corpos ben compridos  
que na terra de Brigandsia  
pol-a patria sucumbieron.*

Y es que el mar, como libre sugerencia de arte, no fué lo suficientemente triste para el romanticismo gallego, todo él salpicado de irremediables lágrimas. Por eso en todo lo que el tema ofrecía de doloroso, que era el estar surcado por los caminos de la emigración, fué atendido con la longanimidad sentimental de aquellas gentes, torturadas por un afán insaciable de sufrimientos. El sufrimiento era su ética y su estética. Pero como entidad de puro arte, como emoción de su plástica o como símbolo esperanzado frente al afán aventurero de la raza, los románticos gallegos ignoraron el mar. Y eso que en los más remotos antecedentes, en las fuentes más alejadas de las letras galaicas, el "salado milagro" estaba presente. Por mar vino la barca de piedra del Apóstol. Como lo estaba en los periplos ilustres de Rufo Avieno y en las referencias de Plinio y Estrabón, que hablan del encanto de las islas Casitérides, cercanas a la costa, y describen los espolones de su cabos, en cuyos crestones de granito, frente al mar sin orilla frontera, los celtas oficiaban en el ara de la luna. Y está en las menciones del romano, que hablan del terror religioso de las lesiones al asomarse a los finisterres y contemplar, sobre el copón inmenso de las aguas, la hostia del sol comulgado por fauces rojas de horizontes en una formidable eucaristía oceánica. Los suaves ocios del medioevo trovadoresco tejen finas melopeas amoratorias sobre el cañamazo de las espumas; y Martín Códax, cuando aún Castilla tenía ciegos los ojos del idioma para el descubrimiento del mar, entonaba en un rabel de hace siete siglos, ante una bahía gallega, la canción—desenfado o melancolía—que el juglar llevaba siempre colgada en el labio, como una rosa de sonidos:



*Ondas do mar de Vigo  
si viste ao meu amigo...  
¡Ai Deus si el virá cedo!  
Ondas do mar levado  
si viste ao meu amado  
¡Ai Deus si el virá cedo...*

Y otro poeta del cancionero de la Vaticana pide al mar su metáfora, para un menester de adulterio cortesano:

*De cuantas cousas en o mundo son  
non vexo eu ben qual pode semellar  
al rei de Castela e de León,  
sinon unha, cal vos direi: ¡O mar!*

Y en la leyenda tradicional del medioevo, el mar está presente también en los caminos de rapiña abiertos sobre las aguas por las naos del normando que venían a llevarse las doncellas rubias y los "juvencos" de dorado testuz, de prestigio totémico en la mitología familiar del agro, con diademas de hierbas, donde se embotaba el dardo del mal de ojo, tejidas entre las astas, que aún no eran lira.

El mar de los descubrimientos y de las conquistas fué ya todo del Portugal hermano, trocado en hermanastro por cegueras dinásticas. Y, sin embargo, Galicia debiera haber participado en la magna aventura con títulos iguales: raza de nautas también, disparada hacia el oeste por los arcos de flecha de sus costas. Hasta este comienzo de su ciclo forzoso de silencio y de quietud, llegaron señales que parecían milagras invitaciones a la empresa. No todos saben que a Bayona de Monterreal llegó, de regreso, la primera nave de las que con el Almirante fueron. Y la Bayona galaica pudo cobrarle albricias al mundo entero, pues de ella fué la primera noticia del descubrimiento del Continente misterioso o de sus islas nunciales. "La Pinta" llegó aquí una mañana de los siglos, y los pescadores escucharon atónitos el prodigio de labios de los hidalgos barbudos, amarillos de fiebre y duros de pupila, donde la codicia encendía ya su brasa de oro, y lo vie-

## primera glosa del mar gallego

por  
Eduardo Blanco Amor

ron palpable en los ojos espantados de los indios, de negro y caliente ojo de potros que andaban agacelados y temerosos por entre las jarcias y las velas laxas, como alas fatigadas.

Pero lo cierto es que Galicia apenas figura en la epopeya, a pesar de haber contribuido a su grandeza con hombres como Bartolomé y Gonzalo de Nodal, que descubrieron el Estrecho de San Vicente y exploraron la Patagonia, aquella ancha y áspera Patagonia cargada de vientos y pinchada de hielos, que en el siglo XVIII habían de estudiar otro puñado de gallegos, entre ellos aquel Vilariño, quien surcó por vez primera las aguas del río Negro. Gallegos eran también Fray Pedro de Betanzos, fundador de Nicaragua, quien aprendió, en menos de ocho años, catorce idiomas indígenas, y Fray Francisco de Parra, que escribió varias obras en lenguajes americanos y "un vocabulario trilingüe guatemalteco", con voces del bachiquel, del quiché y del tzutuchil, inventando cinco letras para recoger sus sonidos. Y no menos gallegos eran Francisco Varela, que escribió un diccionario de 400 folios en lenguas aborígenes; y D. Tirso González, que introdujo en América la primera imprenta, y aquel Xan de Noya, que hizo surgir de la inmensidad del Atlántico aquella minúscula roca que Napoleón, en sus cuadernos de escolar, anotó con esta indicación somera: "Sainte Heléne, petite ile..."

Sin embargo los lusiadas gallegos no fueron conquistadores de brillante armadura que iban en las naves renacentistas guiados por Dios y escoltados por los dioses. Nuestros argonautas fueron gentes oscuras, callados frailes menores, llamas de la fe y de la ciencia y menestrales humildes que marcharan a expandir la sabiduría de sus manualidades, llevando hasta la ágil mano del indio los primores antiguos de una Europa hacendosa, de burgos, cabildos, gremios y estados llanos. Y años después, por los mismos "senderos innumerables" de este mar, fueron labriegos color de tierra, "fillos do moreno Ourens" o del altiplano lucense, cuyo hombre del rus ya elogiara el colono romano; mozallones del ártabro o de Fisterra, hijos del mar, quienes, niños aún, sabían



ya mirar desde las proas de sus bucatas de vela latina, frente a frente a las galernas; marineros de las rías bajas, Ulises de las artes finas de la pesca, esbeltos y valerosos, como aquellos paganos de la Hélade, que poblaron sus riberas, en el amanecer de la historia. Las escotillas negras de los grandes buques sin alma, saben bien de estas muchedumbres anónimas que, hacinadas en bodegas hediondas, iban, bajo un rezo de "alalás" saudosos, que tenían el trágico y hondo acento de los antiguos cantos peregrinantes, a clavar en el lomo virgen y rebelde de la gran tierra esperanzada, la reja de arado fecundo o a perderse entre el abigarramiento animoso de las razas, en las ciudades, para vivir con honrada diligencia, haciéndolas y haciéndose, aun cuando millares y millares tuviesen que caer entre las ruedas dentadas del sacrificio sin rapsodas, que no deja tras de sí ni la mención de un nombre descifrable. Por este mar gallego se fueron los padres, los hijos y los hermanos, y no volvieron resplandecientes semidioses, bajo un gran vuelo de próceres octavas reales. Poema de humilde y callada urdimbre, como el rumor de la colmena. Poema del trabajo triunfante, pero muchas veces también de los corazones muertos para los corazones. Por eso Rosalía, y con ella el romanticismo gallego, no vieron en este mar otra cosa que una estrada de desolación hacia donde miraban, con la fe perdida ya, aquellas "viudas de vivos" que la Santa cantó con acentos tan hondos:

*¡Adios tamén queridíña,  
adios por sempre quizáis,  
dígoche este adios chorando  
dend'a veiriña do mar!*

*¡Tantas leguas mar adentro!...  
¡Miña casiña, meu lar!*

Los poetas de hoy, en este más claro ambiente social y sentimental de la Galicia coetánea, librados más a una estética de ojos que ven que de los ojos que lloran, tienden un arco iris de metáforas por encima de las nubes del romanticismo y van a buscar las ondas claras de Martín Códax para cantar, otra vez, en su orilla, esperanzas augurales o simples ocios del alma temblorosa, que esto es la poesía gallega actual, en sus arpegios más limpios y en sus registros más elevados. De ella hablaré en próxima divagación, que bien lo merece. Pero en ésta no, pues no me atrevo a empañar con los vahos del discurso crítico esta transparencia azul y plateada que me quedó, como un espejo mágico, incrustado en las alampadas mientes, después de un viaje reciente en un prodigioso bergantín de alas blancas a lo largo de toda la costa: desde la cadena de playas que, tomadas con manos de oro, danzan en las orillamares de Pontevedra, hasta los farallones siniestros de la Costa Brava, desde uno de cuyos pueblos escribo, oyendo las olas que cardan su torso de cristales en los garfios del Cabo Ortegal, lanzando alaridos y chorros de sangre blanca de espuma, como suplicadas de un bárbaro auto de fe impuesto por la austeridad del yermo rocoso a la desnuda paganía de las aguas vírgenes.

(Galicia, 1934.)





# EL RASTRO

Por GABRIEL GARCIA ESPINA

En la breve geografía madrileña, el Rastro ocupa una de las zonas pintorescas más definidas; de un pintoresquismo un poco perverso en el transcurso de los años, y a fuerza de explotar para el turista ese carácter que tuvo de cosa singular y extraordinaria.

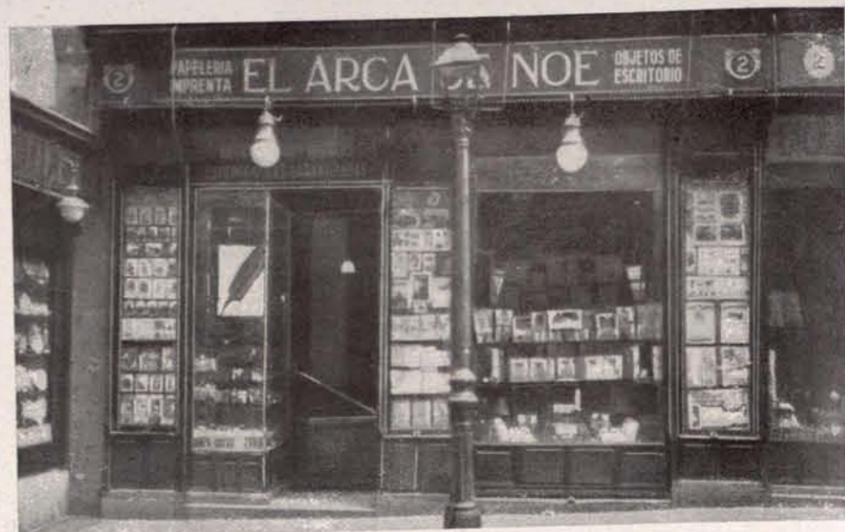
Al Sur de la ciudad y al franco sol del Mediodía tiene aún este castizo motivo de Madrid un vivo carácter, caliente y chillón, de cosa meridional y africana. Es un zoco de comerciantes mínimos—mínimos en "superficie de explotación", claro—, un alegre remiendo cosido con fuertes hilos tradicionales en la carta urbana y moderna de nuestro pueblo.

Desde la plaza de Cascorro, Ribera de Curtidores abajo, se amontonan los tenderetes a ambos lados del caminante, que desciende un poco de prisa, a su pesar, empujado por el desnivel violento de la cuesta. Debajo de aquellas lonas se desparraman por el suelo o sobre primitivos mostradores portátiles una infinidad de objetos viejos, nuevos y de edad indeterminada. Eso sí, parece que predomina de una manera sistemática la ferretería, en todo su amplio desarrollo. Hierros por todas partes y para los usos más extraordinarios, le dan al Rastro un matiz heroico y un poco humorísticamente guerrero.

El comerciante de aquella zona conoce a fondo la picaresca de su oficio. Examina al presunto cliente con mirada perspicaz y acierta casi siempre en su pronóstico íntimo. Hace falta un gran conocimiento de aquellos lugares, una práctica sistemática y constante de todos aquellos vericuetos para encontrar lo que se persigue y en asequibles condiciones económicas. A veces, y cuando menos se busca, surge el hallazgo feliz: el lienzo ilustre, la porcelana noble, el mueble señorial. Pero muy escasos son ya estos encuentros imprevistos que alegran al visitante con júbilo, sagazmente escondido a la mirada aguda del vendedor.

En "las Américas", la avanzada meridional del Rastro madrileño, adquiere la ferretería caracteres majestuosos. Es un desbordado concertante de hierros por todas partes: clavos, alambres, tubos, carriles, jergones, todo en una desnudez fría y un poco triste. Cajas de automóviles en un reposo interminable. Viejos motores de todos los sistemas parados para siempre en un ingrato contraste con la jadeante juventud que se les fué. ¡Hasta locomotoras!...

Un bello dibujo de Tejada nos ha sugerido de prisa estas cordiales palabras de homenaje para cuanto significa el Rastro esencialmente en la línea moderna y ciudadana de nuestros días.



La popular y acreditada papelería **EL ARCA DE NOE** (calle del Pez, número 2), dedica sus actividades a la venta de objetos de escritorio, al por mayor y al detall.

Sus principales secciones son las de estilográficas, cajas de papel fantasía, estuches de compases, escribanías y libros rayados.

Las construcciones recortables marca "La Tijera" son editadas por **EI ARCA DE NOE**.

Queriendo su propietario corresponder al favor que constantemente le dispensa el público en general, y muy especialmente su adicta clientela, acaba de adquirir un nuevo establecimiento en la calle del Pez (esquina a Corredera), donde podrán todos verificar sus compras con más comodidad, y a él le permitirá ampliar más sus negocios.

## El Hogar MODERNO

Proyecto: OTTO WINKLER

Ejecución: MUEBLES BANELA, MADRID



He aquí un interior para hombre soltero, ideado dentro de la más exigente modernidad, ajustándose a un criterio eminentemente práctico, lo que no excluye nada de la suntuosidad que es posible admitir dentro de un ambiente masculino. Maderas oscuras, perfectamente lustradas; caños de acero o hierro cromado y tapicería en un acolchado de costuras en cuadro. Una alfombra de color liso, hecha con tiras de "trippe" cortado, unidas, y un cortinaje corredizo, sobre barra invisible, de telas alegres, sin caer en los colorines afectados e impropios. Obsérvese la disposición, sumamente útil, del armario, que consta de dos cuerpos: uno, destinado a perchas, y el otro, a cajones y estantes, para substituir la cómoda. La mesita de fumar del primer término es de una elegante sencillez: consta de dos simples barras cruzadas, sobre las que descansa la tapa, de vidrio grueso, con reborde, sin aristas.

JEAN LAROCHE.



Tania, famosa cancionista argentina

## Dos personalidades que vienen de la Argentina

En los primeros días de la próxima semana llegarán a Madrid la cancionista argentina Tania y Enrique Santos Discépolo, el celebrado autor de los tangos de más éxito. Se trata de dos artistas de indiscutible personalidad artística, cuya popularidad en Madrid es bien notoria. En efecto, Tania, que es de origen toledano y está radicada en Buenos Aires desde hace muchos años, está considerada como una de las más notables intérpretes de la canción popular argentina por excelencia, hasta el punto que se le ha dado en llamarla la actriz del tango por el realce con que ella compone y define cada una de las heroínas creadas en las letras de los más celebrados tangos. Intérprete predilecta de todos los tangos de Discépolo, Tania ha realizado, por ejemplo, con *Secreto*, *Confesión*, *Esta noche me emborracho*, *Tres esperanzas* y muchos otros tangos de Discépolo, verdaderas creaciones, que luego de su consagración en los principales escenarios de Buenos Aires, han tenido la repercusión manifiesta de las transmisiones radiotelefónicas, de los discos, etc. En cuanto a Discépolo, su popularidad en Madrid es también considerable. ¿Quién no recuerda en Madrid la amarga filosofía que encierra su famoso *Yira, Yira...*, o la gracia de su célebre *Esta noche me emborracho* y el hondo sentimentalismo de sus tangos *Confesión*, *Secreto*, *Tres esperanzas* y, más recientemente, sus tangos titulados *Cambalache* y *Quién más quien menos*, que han constituido sendos éxitos? La personalidad artística de Discépolo es realmente interesante, en sus fases de actor, autor teatral y compositor de música popular. Como actor, Discépolo se ha consagrado en Buenos Aires, interpretando obras de positivo mérito artístico, como *Fin de jornada* y *Maya*, destacando, por último, su personalidad en la creación del protagonista de *Wunder Bar*. Como autor teatral, Discépolo ha realizado obras de alto nivel artístico, tales como *El organito* y *Caramelos surtidos*. Pero indudablemente la popularidad de Discépolo está cimentada en su labor como productor de expresiones de carácter popular argentino, hasta el punto que puede asegurarse que pocos autores argentinos tienen la popularidad de que goza Discépolo a través de sus numerosos tangos. Tania y Discépolo vienen a Madrid en viaje de recreo, pero no sería difícil que nuestro público tuviera oportunidad de verlos actuar como intérpretes de la música popular porteña.



Enrique Santos Discépolo, popularísimo compositor de tangos argentinos



Hablemos de 1900... De esa época de la ñoñez y de los pies desaseados, que hoy anda por ahí sirviendo de consigna a los espíritus exquisitos de toda Europa. Nuestras mujeres, aun las que han nacido más acá de 1914, tararean con íntimo regusto y desgarrada melancolía los valeses del *Danubio azul* y la vieja canción de Cremieux, que hoy es la canción de Marlene: *Lorsque tout est fini...*

1900 es la consigna de 1935. El lema de una época trivial, que no encuentra satisfacción en sí misma y la busca utilizando el trampolín fácil del ensueño. Un 1900 que, en suma, no es otra cosa que el terrible y delicioso fin de siglo, categoría histórica, como lo barroco, donde todo cabe: los gatos de Colette, los bailes rusos, las canciones de Ivette Guilbert, las aventuras de Casanova y los amores de Manón.

Y es curioso ver cómo son los jóvenes quienes con más fervor se entregan a la nueva religión, a la fruición de un momento histórico, del que no saben ni pueden saber nada porque 1900 es una época inventada, totalmente inventada. Se alargan las faldas, se renuevan los gestos conforme a un patrón ideal, porque de la realidad apenas hay nada interesante que tomar. Conocéis el monsieur Bergeret de Anatole France. Apenas ha cambiado nada...

1900 es, al parecer, esa época en que Marcelo Proust escribía a la condesa de Noailles unas cartas oliendo a jazmines y llenas de síes pero noes. Entonces... "entonces, detrás de tu abanico, nuestra luna primera"... Pero no; el abanico servía en 1900 para otra cosa; el abanico de 1900 era el abanico de lady Windermere. Las mujeres copiaban a la Parisienne, de Becque, y los hombres, perdido el *élan* ambicioso que tenían en Balzac, doraban con el amor su inanidad.

Cada país de Europa aportó su contribución a 1900. Viena, sus valeses; Hungría, los violinistas; Alemania, las princesas que habían de fugarse con ellos; Inglaterra, sus aventuras coloniales y el príncipe de Gales. Rusia tenía unos príncipes fantásticos—que a veces eran nada más que búlgaros—y unos terribles nihilistas. Francia entregó a la categoría triunfante nada menos que Maxim's, el *affaire* Dreyfus y... el marido *cocu*. Y España... Por entonces había en España una generación de intelectuales tristes y otra de bigardos de café con leche, que a veces parecían la misma. Sin embargo, algo hemos dado nosotros: Carolina Otero.

P E M



DIBUJOS DE JOSE ZAMORA



Presentamos a un artista...

Francisco Miguel, pintor gallego...

Viene con telas de Méjico...

Ocho años en Méjico le han servido a Francisco Miguel para traer, de regreso a la patria, una serie de telas llenas de sugerencias. De factura recia en las composiciones, atrevida en los planos, firme en el colorido, ofrece una delicada línea, llena de ternura, en sus retratos.

Ninguna presentación mejor de su arte que la dada por el escritor mejicano David Alfaro Siqueiros con motivo de la Exposición de despedida, y que nos complace en reproducir.

## La pintura de Francisco Miguel

Desconozco la teoría que sobre el oficio sustenta Francisco Miguel (los pintores, por regla general, no concuerdan teórica y prácticamente); pero, de cualquier manera, puedo afirmar que las cualidades de su pintura son las siguientes:

Su obra:  
1.º Es ajena por completo a toda preocupación literaria y anecdótica.

Los temas que escoge como pretextos pictóricos son simples: objetos, flores, frutas—sus frutas son admirables—, paisajes, retratos. No pretende darles "vida", no quiere "que hablen": son unidades plásticas bellamente resueltas, y basta.

2.º Es ajena también a toda manía escultórica (esa terrible manía de ciertos pintores contemporáneos). Sus obras—dibujos y pinturas—son gráficas. No es cierto que en ellas esté resuelto aquello de los "volúmenes en el espacio"—lo cual es problema de escultura, no de pintura—. No crea relieves; mucho menos, volúmenes con dimensiones, "con calidades", "con pesadez determinada", etc. (todas las preocupaciones de la teoría constructiva). Francisco Miguel expresa el gozo de la línea, el arabesco, extendidos, desenvueltos armoniosamente, con gracia, con equilibrio de valores, sobre la *superficie plana*. Su "claroscuro" no tiene pretensiones físicas, no quiere "crear" el objeto. Material escogido con sus luces y sombras, su "claroscuro" son manchas embarradas sensualmente sobre la superficie para polarizar su equilibrio plástico y acentuar la dirección justa de los contornos. En estas condiciones, Francisco Miguel, como todos los pintores buenos de las buenas épocas, no rompe en sus obras el plano de la superficie pintada o dibujada; guarda celosamente esa superficie, es decir, hace pintura exclusivamente, y no otra cosa.

3.º Por último, es estéticamente universal; su gusto no lo circunscribe a ninguna manía de "ambiente local", de "sabor nacional", y, por lo mismo, no adolece del nacionalismo pintorresco que sufren agudamente casi todos los pintores mejicanos y extranjeros que trabajan en Méjico. Así, su obra es sobria y amplia. Por ese camino llegará a algo trascendental. En lo que al temperamento o al carácter de su obra se refiere, debo decir que éste es particularmente fino, sensible en grado sumo. Francisco Miguel pinta y dibuja con un sentido poético.

DAVID ALFARO SIQUEIROS

COPPELIA - PERFUMERIA Y BISUTERIA

Manuel Valderrama - Barquillo, 12 - Teléfono 12321